

Literatura

al queso



EL QUESO ROMÁNICO

EL profesor Mairena, al que yo quisiera imitar, empezaría sus temas escarbando en la etimología de las palabras para que sus alumnos vieran el babélico queso de este mundo. ¡*Ad ovo*, al origen!, veamos la materia prima —la filológica— del queso. Hay dos queserías románicas: la más occidental y, por estar lejos de la metrópoli, la más conservadora, elaboró el *caseus*, cuyas variedades son el *queso* castellano, el *quesu* asturiano —aunque mio güela, que yera de Murias, en la braña allerana, decía *quisu*—, y el *queixo* galaico. Los britanos conquistados por César, como estaban también en la periferia, hacían su *cheese*. Pero con el tiempo, el resto de la Romania elaboró el clásico *caseus* en envases, los soldados llevaban a las colonias un *caseus formatus*, o sea, queso en *forma*, moldeado, “formateado”, como atestiguan algunos moldes hallados en excavaciones de campamentos militares, y del *formaticu* deriva el *fromage* francés, el *formatge* catalán y el *formaggio* italiano.

En un ‘recibo’ del año 980 aparece por primera vez la palabra *queso*. Un campesino recibe un queso en pago por arar un campo.

QUESO DE FÁBULA

El queso ha sido materia de literatura prosaica y popular¹. Está presente en acertijos, refranes y fábulas. Redondo como un queso y tiene el rabo tieso: ¿qué es?². No falta el queso en algún cuento popular:

Un barquero tiene que cruzar un río llevando un queso, un ratón y un gato. Pero sólo puede llevar una cosa en cada viaje. Puede hacer todos los viajes que

¹ En la excelente y entretenida *Antología del paladar español*, Juan Luis Suárez Granda anota 40 referencias al queso. ed. Trea

² La solución la dan gratis en la tienda.

quiera. ¿Cómo puede pasar todo a la otra orilla del río, si no puede dejar solos al gato y al ratón, o al queso y al ratón?

El refranero es una quesera con docenas de refranes que hoy resultan rancios, reseco y poco útiles para la experiencia y el moderno paladar.

Tres Ges tiene el buen queso:
Grande, Graso y Grueso

La poesía es palabra en el tiempo, decía Machado, y el refranero se vale a menudo de un recurso poético, la rima, para conservar una verdad popular: *beso, queso y vino espeso*. Muchos refranes riman queso y beso: *uvas y queso saben a beso; o tras el queso, beso*, etc. Muchos refranes tenían una función consoladora, atenuaban una carencia, y en tiempos de escasez era tan difícil hacerse con un queso como degustar unos labios apetecibles y amados. ¿Escasez? En las novelas del XVI y XVII arrieros y pícaros se quejan de las tajaditas de queso, finas como virutas de carpintero, que encuentran en los mesones. Pero, ya digo, en esto de los refranes hoy hay mucho que rapar, y si no díganme si es estimulante este de Puerto Rico (ceñirse al seseo, la letra z suena s): “mujer con bozo, beso sabroso”.

En cuanto a las fábulas, ya conocéis las historias de ratones golosos y cuervos hinchados de vanidad que halagados por el hijoputa del zorro abren el pico y... isueltan el queso! La moraleja es utilitaria, premia al astuto y al fullero, al hijoputa del zorro, y castiga al vanidoso, como si la vanidad, tan denostada por el tópico —*vanitas vanitatum...ta panta nataiotes*—ad de vanidades...) causara menos daño que la fatuidad.

Un ratón cortesano
convidó con un modo muy urbano
a un ratón campesino.
Diole gordo tocino,
queso fresco de Holanda...

Pero llega la Despensera, el ratón campero se asusta, se salva por los pelos..., ah, mejor no vivir en la corte, renegar del queso, no buscar gustos a cambio de sustos.

Las fábulas modernas las acaparó Walt Disney y sus seguidores. Vive Mickey y de su camada es Ratatouille. Hay, sin embargo, películas ratoneras que no son nada fabulosos, sino testimoniales, como *Un cuento americano*, producida por Spielberg en la que un ratón con gorrita azul y un saco rojo a la espalda es un “migrante mojado” que penetra en territorio dominado por los gatos y lucha por sobrevivir y encontrar a su familia.

EL QUESO PLEBEYO

La primera vez que se escribe la palabra queso en castellano fue en un recibo del año 980, una nómina, diríamos, en la que se paga un queso a un campesino por arar un campo. Y ahí sale la interpretación literaria del queso, alimento plebeyo. No se sabe que las pastoras literarias hicieran queso, ellas eran bellas criaturas provenzales o gallegas de la Ribeira que esperaban al caballero galante y le daban calabazas, o eran pastoras de armas tomar, muy forzudas, como las serranas del marqués de Santillana, que socorrían al montañero, lo llevaban a la cabaña, le daban de cenar y luego le cobraban el portazgo en especie, lidiando cuerpo a cuerpo (ioh!, iah!, iaaaah!...) Pero en ninguna de esas cantilenas medievales, ni en las glamurosas ni en las burlescas, se habla de queso.

Sin entrar en detalles, el queso se instala como un tesoro antiheroico en la literatura picaresca. Ya no son tiempos míticos, sino cotidianos. Cuando Ulises penetró en la mítica cueva del cíclope Polifemo, contempló muchos canastos que se inclinaban bajo el peso de los quesos, “y todos los recipientes rebosaban de

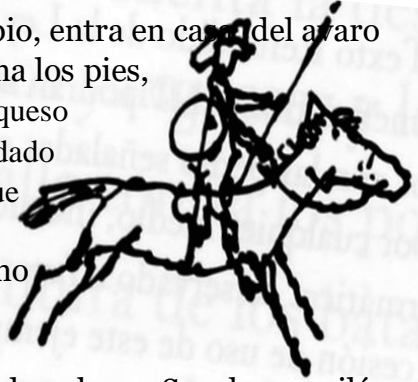


La **RATATOUILLE** es un plato de verduras típico de la Provenza que da nombre a la película de Disney en la que la rata Rémy logra ser un gran chef de París

suero, colodras y jarros bien contruidos. Entonces mis compañeros me rogaron que nos apoderásemos primero de los quesos

y regresáramos”. Lazarillo, en cambio, entra en casa del avaro clérigo de Maqueda y se le cae el alma los pies, pues no veni un tocino colgado, ni un queso puesto en la tabla, ni un canastillo guardado en el armario con los pedazos de pan que sobran de la mesa...

Sancho Panza, Sancho queso, bueno y honrado, fiel y malicioso, Sancho pobre, al que, ayer como hoy, le llueven los palos, sin Dulcineas en la cabeza. Sancho comilón. Don Quijote le dice:



«Come, Sancho, hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»

—Si vuesa merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza de lo caro, con no sé cuántas rajitas de queso de Tronchón, que servirán de llamativo y despertador de la sed.

Y bien que lo hace el escudero. Cuando se encuentra con el criado del duque, los dos, comparten su suerte social y andariega.

“se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compañía despabilaron y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas, con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, sólo porque olía a queso”.

Cervantes entronizó el queso como sustento de rústicos pastores, manjar del hambriento, viático de caminantes, fiesta y gozo (con una bota de vino) de amistosos encuentros y con ello una filosofía de la vida en el camino. *Vita es peregrinatio*. En las bodas de Camacho Sancho no da

Cervantes entronizó el queso como sustento de rústicos pastores, manjar del hambriento, viático de caminantes, fiesta y gozo con una bota de vino de amistosos encuentros y con ello una filosofía de la vida en el camino.

crédito a lo que ve: una muralla de quesos, puestos como ladrillos enrejados. ¡Oh sueño del hambriento! Vino, queso y cebolla son el sustento filosófico de Sancho Panza y, por el contrario, indicios de la adversa y decepcionante realidad que asalta a su amo. ¿Y qué tiene su amo en la cabeza: quimeras de amor que vertidas en la celada, mostrando su valor en trance ridículo, pasa lo que pasa.

Tomó la celada don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda prisa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó a correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo a Sancho:

—¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza?

POESÍA CON QUESO (CABRALES)

Los poetas han guisado versos exquisitos sobre el pan, el vino y las frutas. Pablo Neruda escribió una oda a la alcachofa y al caldillo de congrio, pero no al queso, aunque lo cita en la *Oda a la manzana*, como metáfora redonda y elogiosa de la poma: *pan fragante, / queso / de la vegetación*.

Ya dije, la palabra queso es plebeya. No ha tenido mucha elaboración poética, y aunque rima con beso y embeleso, que son voces muy líricas y queridas por los cantantes de boleros. Queden las citas iniciales. Los peces son para el gato, los huesos par el perro, el queso para el ratoncito... y papilla para el bambino. Así, con la concioncilla, el niño remolón va tragando cucharaditas.

*I pesci sono per la gatta,
Gli ossi pero i cani,
Il latte per gli agnellini
Il formaggio pero I topolini
E la papa per i bambini.*

Julio Camba era muy poco nacionalista en cuestiones gastronómicas y avalaba sus criterios culinarios en el gusto más que en la ciencia³. Hace unos ochenta años, tras confesar que “yo

³ *La casa de Lúculo*, Austral, 2 ed. 1943.

ya me he dado buenas panzadas en este mundo”, afirmaba que “el más logrado de los quesos españoles es, sin duda, el cabrales”. El elogio de Camba al cabrales y a los microbios del queso queda desaborido al lado de la patriótica loa de Celso Amieva. El poeta llanisco dedicó un soneto a nuestro emblemático queso usando los mismos ingredientes retóricos que el divino Rubén, que amaba el *fromage* y la rubia champaña, aunque no le hacía ascos al queso frito al estilo nicaragüense que le preparaba su abnegada mujer Francisca Sánchez, una aldeana de Segovia casi analfabeta.

Arrebatado por un sentimiento grandón, asturianín y chovinista, Amieva escribió un soneto a la sidra y cantaba así en largos alejandrinos:

¡Salud, queso picón!, el más rico del mundo,
orgullo de Cabrales y del país astur;
por el sabor, divino; por el olor, jocundo,
alabado en el Norte y ensalzado en el Sur!

Si en argénteos pañales ha bautizado Francia
su picatón anémico de nombre Roquefort,
yo por cuatro gusanos hijos de tu sustancia
y en una berza envueltos, doy lo francés mejor.

¿Jocundo el olor del Cabrales, es decir, alegre y agradable? No es esa la opinión del turista, aunque gracias al envasado al vacío ya se atreve a llevarse un trozo como prueba y reliquia de su estancia en Asturias. Menos de acuerdo están con Amieva los gastrónomos del XXI, esos críticos gordos que miran las estrellas de la guía Michelin como los pilotos de las naos que iban a las Indias. Un catalán experto en quesos, Enric Canut, recomienda suavizar el dejo del cabrales para *aggiornarlo* y favorecer su éxito comercial. El mercado no quiere sabores fuertes ni recios regüeldos. Hablaba de quesos, no de la política española, dada al exabrupto, al ardor vomitivo y al hedor a corrupción urbanística. “*Manca finezza*”: falta finura. El mundo va más por lo suave, suave... El cabrales, hasta hoy, exigía paladares valerosos y sin escrúpulos, pues venía envuelto en la sucia y macabra leyenda de

que se curaba tapándolo con *cucho* de vaca, y cuantos más “cocos” tenía, más sabroso era. Aquel cabrales legendario sería para un escritor como Quevedo, imagen escatológica de nuestro destino: abonado al polvo, más o menos enamorado, y con el gusano de la conciencia royendo el alma. El cabrales se ha dignificado como aditamento del entrecot y decenas de guisos, o sea, que nuestro queso racial y simbólico lo mismo vale para relleno de unas mediasnoches (qué insomnio) que para la salsa de un pixín. ¿No es demasiada versatilidad?

El cabrales tiene un nombre sonoro y significativo, lo que favorece su éxito comercial. Le favorece la morfología: el cabrales, artículo singular y determinado, y un lexema que remite a cabra, animal que tiene muy mala fama —“estar como una cabra”, “la cabra tira al monte”—, y no digamos su marido, el cabrón —con pintas o sin ellas—, pero en cuestión queseril la cabra tiene hoy muy buena prensa gastronómica. No sé quién dijo que el queso es un salto de la leche hacia la inmortalidad. Los franceses aprecian tanto los quesos como los libros y los valores republicanos.

En fin, que la literatura del queso es más bien rústica, plebeya, casera, y la elaborada, que es poca, no llega a semicurada. No hay literatura queseril de etiqueta, al contrario del vino. No hay botella en el híper que no lleve una etiqueta de estilo gongorino, con toda la pedería retórica de los gourmets de metáforas, sinestesias y epítetos brillantes: *sabor rojo, gusto aterciopelado, esencias rubíes, color afrutado, retrogusto perfumado, paladeo hondo, olor con tono cereza...*

CASEUS VITAE: EL QUESO DE LA VIDA

El arte y la literatura fraguan imágenes y símbolos que representan vivencias y enigmas. Seamos valientes: partamos de esta metáfora, que, según se maneje, puede ser cómica o poética: la vida es un queso. He dado con mucha satisfacción algunos talleres literarios, pero nunca se me ocurrió

proponer a los alumnos este tema: *vita, caesus est*. Pero preveo sus ejercicios. Un alumno, dramático y genial, y por lo mismo, no muy bien de la cabeza —ise creía príncipe de Dinamarca!— se levantaría del pupitre y a la vista de todos, con un queso de bola en la mano —por un instante parecía una calavera— recitaría con voz hamletiana: ser o no ser, ese es el dilema.

No faltaría el alumno chistoso, escatológico y procaz al estilo de Quevedo, que escribiría una sátira sobre una dama con dos tetitas como el queixo galego de tetilla, o una sucia dueña cuyos pies y otra parte de su cuerpo que no nombro por pudor, olían a queso. Otro chico, romántico y desmejorado como Gustavo Adolfo Bécquer, aunque no sifilítico, suspiraría por un beso de la amada inasequible y me entregaría suspirando una rima que dice:

Por una mirada, un mundo,
por una sonrisa, un cielo,
por un queso, ¿qué daría yo
por un queso?

Pero me interesaría mucho más la redacción de un alumno proustiano, que en vez de hundir una magdalena en té, mordisqueara un quesito del Caserío —del Caserío me fio— y recobrase de modo involuntario el sabor de la niñez, los veranos remotos y la ansiedad de cada noche esperando el beso de su madre.

El queso del tiempo. Se cuenta que Dalí tomó una noche queso Camembert tan maduro que se deshacía. Con ese sabor y esa imagen se fue a la cama.



Insomne, relacionó unos relojes que quería pintar para el cuadro *La memoria del Tiempo* con quesos redondos y blandos, así que

se levantó de la cama y en un paisaje desolado los trazó. El tiempo de la memoria aparece lúdico, mantecoso... El suceso es una muestra de cómo el artista trasmuta un objeto en metáfora; por su redondez el queso es como un reloj, pero de ahí se eleva a símbolo irracional: el queso del tiempo de la memoria.

La vida es un queso, decíamos. Pongamos que el alumno fuera un estudiante de aquella mediocre universidad de Oviedo de finales de los sesenta, de aquella época remota y triste. Había leído con fervor versos desarraigados de Blas de Otero y páginas existencialistas de Sartre. Usaba *trenka*, no tenía perras, ligaba poco en el baile del SEU y buscaba siempre no sé qué. Donde no hay harina, todo es mohína. Escribiría ripios así:

¡Oh viejo queso de mi vida,
que el tiempo tenaz ratona,
y horada,
queso solitario,
gruyère que anidas nada...

¡Basta ya de literatura! *Primum manducare, luego philosophare*. Oiga, ¿y no pueden ser las dos cosas a la vez, como las vacas que rumian? Rumiar es también “pensar con reflexión y madurez algo”.

Quesos blandos y redondos inspiraron a Dalí los relojes de su cuadro *La memoria del Tiempo*